



Redactores

MAXIMO SOTO HALL  
RAFAEL ANGEL TROYO

AÑO II + 2.<sup>a</sup> Epoca + NÚM. 2

San José, C. R., 24 de Febrero de 1899

## Malicia...

DE MI LIBRO «DIJES NUEVOS»



MARIETA amaba á su pájaro muy de veras y le hablaba tan en serio que cualquiera que la hubiese oído creería que se trataba nada menos que de una conversación con una persona.

El muy mimado animalito había sido el regalo de una tía que vivía en Australia, y desde el primer día de su llegada á la jaula nueva, la linda chiquilla le prodigaba cuidados esquisitos.

Sus lecciones de escuela las estudiaba allí junto á él en alta voz, y cuando concluía, estallaba el ave en una sarta de notas águdas, que la hacían reír á carcajadas sonoras.

Poco á poco el animalucho querido fué aprendiendo muchas cosas nuevas: Cómo le gustaba posarse en el dedo rosado de su ama y sentir la dulce caricia de su mano sobre la cabeza, que la hacía inflamarse de voluptuosidad y agitar las alas como si fuera á volar.

Un día Marieta tuvo el raro capricho de enseñarle á comer los granos de arroz, colocándolos entre sus labios rojos. Hizo la prueba; puso al pájaro frente á su boca y despacio, despacito



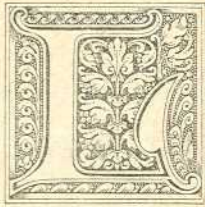
la alegre avecita se fué hircuiendo sobre sus patas oscuras y... zás! de pronto picó, pero no picó el arroz prefirió la fresa húmeda y sensual de su boca.

Y entonces ella furiosa, colérica con su labio mordido exclamó: — Ah ingrato! que irá ahora suponer mamá cuando me vea.

RAFAEL ANGEL TROYO.

## El árbol de Oro

(DE BAUMBACH).



A casa en que comienza nuestra historia tenía un aspecto pobre y modesto. En aquellas blancas paredes sólo se miraban un par de mapas: el uno representaba el país en general, mientras que el otro era del pequeño lugar de nuestro relato. También había dos angostas camas, un pupitre y un armario de ropa, sobre el cual descansaba una esfera representando la tierra. El centro del cuarto estaba ocupado por una mesa rectangular, toda llena de manchones de tinta. A un lado y otro de ésta estaban sentados en bastas sillas de madera, dos adolescentes. El uno era rubio y traducía un pasaje difícil de *Cornelio Nepote*, que lo hacía suspirar hojeando el pesado diccionario; el otro era moreno y tenía puesta toda su atención en sacar la raíz cúbica de una larga cantidad.

El filólogo se llamaba Hans; el que estudiaba matemáticas Heins. De tiempo en tiempo alzaban ambos niños la cabeza y miraban hacia la abierta ventana, por la cual las zumbadoras moscas entraban y salían. Allá fuera, en el jardín, los dorados rayos del sol jugaban entre árboles y malezas, y como para burlarse de ellos, una rama de árbol, toda llena de florecitas, venía á asomarse por la abierta ventana al cuarto donde estudiaban los dos discípulos. Todavía tenían los pobres que trabajar una hora larga, antes de poder gozar de libertad, y los minutos corrían tan lentos, como la babosa que se resbalaba allá en el jardín por un arbusto, erizado de espinas. No había que pensar en tomarse una pequeña pausa durante las horas de clase, porque en el salón contiguo estaba sentado en su mesa de escribir el doctor Schlangentzwei, á quien los pobrecillos estaban entregados para que los educara, y estando la puerta de comunicación abierta, podía muy bien el doctor en cualquier momento cerciorarse de la ausencia de sus pupilos é inspeccionar también su conducta. «Aníbal tenía algo más que hacer que pasar los Alpes» mascullaba entre dientes Hans. «Nueve veces ochenta y uno, son setecientos veintinueve» murmuraba en voz baja Heins. De pronto percibieron un zumbido. Un abejorro dorado se había introducido al cuarto. Por tres veces se bamboleó sobre la cabeza de los muchachos, hasta que vino á caer en el tintero.

—Precisamente le ha sucedido lo que se merece, dijo Heins, ¿porqué no se quedó donde estaba? Pero ahogarse en tinta debe ser una muerte muy negra,—y con la pluma se puso á ayudar al pobre coleóptero, que pataleaba entre la tinta, para que saliese; pero Hans estuvo más listo y lo sacó con los dedos. Mientras ellos se entretenían en secarlo, se arreglaba él las alas con las antenas.

—Tiene una coraza dorada y cuerno negro, decía Hans, limpiándose los dedos manchados de tinta. Sin duda es el rey de los abejorros dorados. Vive en un castillo cuyos muros están hechos de jazmines blancos en botón, y cuyo techo se compone de pétalos de rosa. Los grillos y los mosquitos son los músicos de su corte, mientras que las luciérnagas le sirven de pajes.

—Estás inventando: eres un fantaseador, dijo Heins.

—El que se encuentre con el rey de los abejorros dorados, prosiguió Hans, ese será siempre feliz. Pon atención, Heins: una aventura ó algo extraordinario nos tiene que suceder. Piensa, además, que hoy es primero de mayo y en este día siempre suceden cosas maravillosas. Mira como parece que nos llama con el cuernecillo y extiende sus alitas como queriendo volar. Pronto lo verás transformarse ante nosotros en un silfo con su manto real y su corona de oro en la cabeza.

—Quiere volar,—dijo sonriendo Heins. Sus!.... ya voló. Los muchachos corrieron á la ventana para ver el abejorro. Cortando en grandes círculos el aire, revoloteaba el inquieto insecto, hasta que al fin fué á perderse al otro lado del jardín. En este momento se oyó un ruido en el cuarto del maestro, y ambos discípulos corrieron á sus puestos.

—No te lo dije? murmuró Hans al oído de su compañero,—ahí tienes ya el milagro!—Del tintero salía un verde arbustito que creciendo poco á poco llegó hasta tocar el techo.

—Soñamos?—dijo Heins, restregándose los ojos.

—No, decía regocijado Hans, es que asistimos á un prodigio, tomamos parte en una verdadera leyenda fantástica.

El arbusto crecía cada vez más. De cada rama brotaban, como por encanto, hojas y flores. El techo del cuarto desapareció, las paredes se desvanecieron y una suave oscuridad crepuscular envolvió á los maravillados muchachos.

—Adelante!—gritó Hans, llevándose consigo á Heins, que se resistía á seguirlo. Ahora comienza nuestra aventura.

La maleza, llena de florecillas silvestres, se abría por sí misma para hacerles amplia vereda. Los rayos del sol, al quebrarse por entre el enrejado de hojas, dejaban caer sobre el musgo millares de puntos luminosos. Estrelladas florecillas de variados y vivos colores subían del musgo, y enredaderas verdes y grises se adherían como pintorescas serpientes á los viejos troncos de los árboles. En las ramas de éstos aleteaban cantando pájaros de vistoso plumaje, mientras que los ciervos y venados saltaban contentos por los matorrales. De pronto se iluminó el bosque con una claridad de color de fuego.

Lo ves?, ahora comienza el encanto, dijo Hans á su compañero.

Ante ellos se extendía la selva con sus praderas. En el centro se elevaba un árbol, uno solo, cuyas hojas eran de oro. Los niños casi no se movían: tal era su asombro. De pronto apareció ante ellos un gnomo tan pequeño como un infante de dos años, delgado, bien hecho y gracioso. Llevaba yelmo de oro y capa verde. Dió dos pasos adelante, y saludando á los jovencitos, les dijo:

La encantada princesa aguarda en su palacio de marfil y oro á su libertador. ¿Cuál de vosotros quiere serlo?

—Yo, respondió alegremente Hans. Al punto el gnomo le presentó un caballito, blanco como la leche y que tascaba freno de oro.

—No te montes—decía Heins con ansiedad; pero ya Hans estaba sobre la silla. El caballito relinchó é irguiendo la cabeza y agitando las flotantes crines, se internó en el bosque.

Aquel fué un agradable paseo á caballo. Hans se sentía tan seguro como si estuviese sentado en su banco de la escuela. Pensó entonces que apenas haría una hora se encontraba atareado con la traducción de *Cornelio Nepote*, en presencia del doctor Schlagentzwei, en tanto que ahora se veía transformado en un caballero con capa, collar, espada y espuelas de oro, paseándose por un bosque encantado. De nuevo la selva se iluminó con suave claridad. Unos cuantos pasos más y caballero y caballo se detenían á las puertas de espléndido castillo. Las torres ostentaban banderolas de abigarrados colores. Bocinas y trompetas herían el aire en son de fiesta. Dentro, sentada en el trono, estaba una hermosísima princesa, ataviada con su blanco velo de novia. Hans creyó ver á su vecina Lottchen, con quien había compartido sus juegos varias veces al salir de la escuela. Pero la princesa era más grande y aún más linda. Saltó con presteza de la silla y subió presuroso la escalera de mármol. En la puerta del salón le esperaba un gran señor, probablemente el Mariscal de Corte de la princesa, pues á nuestro héroe se le imaginó conocerlo. Aquel personaje alargó la mano y tomando al caballero por una oreja, le dijo:

—¿Se ha dormido el haragán?—Toma.....

Con esto se deshizo el encanto. Hans se encontró otra vez sentado junto á su mesa, en la cual estaban como riéndose de su pereza el *Cornelio Nepote* y el *Diccionario Latino*. Al otro lado de la mesa escribía Heins, tan de prisa, que hacía rechinar la pluma. A su lado estaba el doctor Schlagentzwei, contemplando á través de sus espejuelos azules, al pobre soñador.

Al fin llegó la hora de la salida de la escuela, y mientras comían algunas golosinas, Hans relató su sueño á su compañero.

—Es maravilloso!—exclamó Heins, tan luego como aquel concluyó su narración.—¡Verdaderamente maravilloso!—Yo también he soñado lo mismo que tu soñaste, aunque con diferente conclusión. En mi sueño no aparece ningún castillo encantado.

—Cuentámelo!—decía con insistencia Hans.

—Hasta el encuentro del árbol de oro, mi sueño

es igual al tuyo. Todavía me parece verte montado en el caballito blanco como la leche, encaminándote á libertar á la encantada princesa. Mientras tanto yo.....

—Qué hiciste? preguntó curioso Hans.

—Yo me puse á golpear el árbol y me llenaba los bolsillos de hojas de oro. En esto me despertó el doctor y se acabó toda mi riqueza.

—Heins, dijo Hans entusiasmado, tomando la mano de su amigo; cuando dos personas tienen á la vez el mismo sueño, te digo que andando el tiempo se cumplirá aquello que soñaron. Nuestra visión es más que un sueño, yo creo que es una profecía.—

¿Se cumplió acaso el sueño de nuestros héroes infantiles?

Sí.—Hans llegó á ser un gran poeta, cuya fantasía creaba cuentos y leyendas. Heins, el que se quedó bajo el árbol llenándose de hojas de oro los bolsillos, fué el rico industrial que editaba las obras de Hans.

JAJALJIT.

## Nieve y sol

### I

¿Quién al verlos pasar no exclamaría  
¡Qué magnífico cuadro!  
La hermosa niña de las crenchas rubios  
Y el viejo adusto del cabello cano!

Ella la juventud, el sol que nace,  
El esplendor del astro  
Que al levantarse en el Oriente, vuelca  
La cascada ambarina de sus rayos;

La dura carne, el palpitante seno,  
La blancura del marmol,  
Los ojos de pasión resplandecientes  
Y la lujuria en los sangrientos labios.

El, la vejez, el astro que se eclipsa  
Palido en el Ocaso,  
Tronco que mira, desprovisto de hojas,  
Sin primaveras transcurrir sus años.

Son los opuestos polos: el capullo  
Fecundo, fresco, sano,  
Y el seco fruto que en desnuda rama  
Mecen los soplos del otoño helado.

Ella en su seno virginal oculta,  
Germen de vida, el fecundable ovario,  
Y él en sus ojos fatigos lleva  
El triste indicio de su fin cercano.

Mas ¡ay dolor, unidos no se hallan  
Por los filiales lazos:  
Son el macho y la hembra; los esposos  
Antes las aras del Señor ligados.

### II

Plena noche: los rayos de la luna  
Su luz filtrando entre las ramas secas,  
Sobre el tapiz, sin mancha de la nieve  
Caprichos bordan con plateadas hebras.

Allá en la estancia perfumada y tibia  
 Donde el invierno entumidor no llega,  
 Bate el amor sus transparentes alas,  
 Sobre dos rubias, jóvenes cabezas.

¿Son por ventura, en el hogar tranquilo,  
 La unida, ante el Señor, dulce pareja,  
 O las aves que cantan sus amores  
 Sobre la rama donde el nido cuelga?

¿Por qué en el lecho conyugal no duermen,  
 Por qué tan alto de la noche velan?  
 ¿Por qué á sus ojos, de pasión insana,  
 Su luz arroja la abrasante hoguera?

El, es amante el que las negras sombras  
 De las dormidas noches aprovecha,  
 Para ir en busca del placer culpable  
 Del beso-crimen, del amor afrenta.

Ella, la esposa que implacable burla  
 Del noble anciano la confiada ausencia,  
 Y que mancha sus canas, cual la nieve  
 La impura planta que su albura huella.

La juventud es fuego y fuego pide;  
 Bajó sus palios el amor no alberga  
 Junto á las nieves del invierno triste,  
 Los soles de la hermosa primavera.

Quiere flores y cantos, besos, retimos,  
 Perfumes y cadencias;  
 Mezclar quiere en el vaso de la vida  
 Jóvenes sangres y caricias nuevas.

MÁXIMO SOTO HALL.



## Mosaicos antiguos

### LA NEUROSIS DEL EMPERADOR

PARA MÁXIMO SOTO HALL.



STÁBAMOS en la terraza en aquella calurosa tarde vernal. Abajo el Tíber verdi-negro, lamía los muros leprosos del palacio de los emperadores, y sobre Roma, la ciudad imperial, un rayo cárdeno, como si fuera de sangre, purpuraba en las torres, en los monumentos y en los sepulcros.

Cerca, en el sitio que cubría ancho paño de tisú con grandes ramos de piedras preciosas, hundido en una expresión moribunda, Caracalla, de ojos largos, sensuales y con reflejos metálicos, miraba el vacío mientras su boca crispada por un rictus extraño balbucía frases como centelleos de tormentas: era la terrible hora roja de neurosis del Emperador.

En el sitio próximo Rexia, blanca como la leche, con su casta tranquilidad de concubina imperial, indagaba al fondo tenebroso de las pupilas del Emperador, y sus manos como purísimas azucenas rasgaban la seda de su pepló entreabierto, á través del cual surgían rosadas sus bien torneadas piernas. Yo—entonces jefe

de los guardias nobles—miraba temeroso las lejanas azoteas donde mujeres con los senos desnudos escanciaban mieles en las ánforas multicoloras.

—Bien—rugió Caracalla, irguiéndose y señalando con un dedo flaco y rugoso,—ese es mi mayor deseo. La voluptuosidad en el sufrimiento. El último beso de Rexia con el último suspiro. Ver sobre el cuerpo pálido, como la ancha hoja de nelumbio, la filigrana purpúrea de la sangre. Hundir entre sus trenzas rubias más que las mieses de las campiñas romanas mi mano marfileña...!

Y en un esfuerzo de iluminado, el Emperador, envuelto en su ancha túnica granate, los cabellos sujetos por un aro de azulino acero, diabólicos los ojos y temblando la mano, avanzó hacia Rexia, y pasando un brazo por el talle felino de la bellísima niña, la apretó contra su pecho, mientras hundiendo la mano en el seno palpitante de la favorita, sepultó rápido, bajo el pecho mármreo, fino puñal de egipcias inscripciones.

Rexia cayó. La sangre en borbotones bañó su níveo traje; bajo el seno alto y erecto la herida sangraba, formando un lago sobre la terraza, y entonces, mientras yo atónito y espantado me recostaba en un triclinio, el fantástico soberano, con los ojos sanguíneos, como epiléptico, bebió en el seno de la hermosa muerta aquella sangre humeante.

Después, alzándose sereno, me miró severamente y me dijo: Tito Marcus, únicamente así puedo curar mi neurosis. La maté porque la amaba. Su sangre es el único tónico para equilibrar mi temperamento. Necesitaba sangre, como la necesita un dios; y ya, Caracalla, Emperador de Roma, ha saciado su neurosis. Necesitaba una víctima hermosa, de grandes ojos húmedos y de bella boca roja.....

Y en aquel crepúsculo cárdeno, la silueta espantosa del Emperador se esfumaba en un vapor purpúreo, cuyos fuertes matices eran el granate de su túnica de terciopelo, el rayo de fuego del sol moribundo y la sangre hirviente, que aun destilaba el duro pecho de la rubia Rexia....!

FRANCISCO GARCÍA CISNEROS

New York, Enero de 1899.

## Cuadro nacional

A M. Moncloa y Covarrubias.  
Apuntes para su libro COSTA RICA.

La capital se recrea:  
está de fiesta. El licor  
en las copas burbujea,  
y por doquiera flamea  
la bandera tricolor.

Payasos y gigantones  
en alegre carnaval,  
haciendo genuflexiones,  
pasan bailando á los sonos  
de la música marcial.

Triunfa doquier la alegría;  
y las damas á porfia  
al circo de toros van  
por la ancha y hermosa vía  
del *Parque de Morazán*.

La joven de alegre vida,  
entre ellas va confundida—  
llevando al moño un clavel—  
y del brazo, bien prendida,  
de un músico de cuartel.

Lindos globos de colores  
se ven girando ascender,  
y pasan los toreadores;  
y en gritos atronadores  
prorrumpe el pueblo doquier.

La capital se recrea  
y está de gala. El Amor  
su carro triunfal pasea;  
y en los balcones ondea  
la bandera tricolor.

\* \* \*

Ya de noche, y fastidiado,  
en un ésaño á soñar  
me entrego malhumorado,  
mirando en tanto á mi lado  
las muchedumbres ondear.

Solo y triste así pasaba,  
matando mi negro esplín,  
sin fijarme (en bábua estaba)  
que cerca á mi se encontraba,  
no una chica: un querubín.

Qué remona y salerosa:  
nariz cuca: parisién;  
morena, gentil, garbosa,  
tan redondita y graciosa  
como muy pocas se ven.

Y que era honrada no había  
motivo por qué dudar;  
todo en ella seducía;  
y por mis males tenía  
junto á un hoyuelo un lunar.

Al mirarla tan bonita,  
la dije:—¿Quieres que yo  
te acompañe?... ¿Estás solita?—  
—¡No me toque!—al punto grita,  
y airada se levantó.

Yo repuse:—No haya riña,  
que aunque por ti se encariña  
mi corazón, no osaré  
á tocarte, bella niña,  
pero ni siquiera el pie.

¿Cómo te llamas?—

—Yo, Rosa.—

—Lindo nombre ¡vive Dios!...

Al *carrousel*, niña hermosa,  
tú á caballo y yo en carroza,  
vamos en gira armoniosa  
á divertirnos los dos.

¿Aceptas?—

—No, caballero.—

—¿Quieres confites?

—No quiero.

—Me desprecias sin razón.  
¡Ay! tan guapa, mas infiero  
que no tienes corazón.—



Ella entre tanto callaba,  
mas de la luna al fulgor,  
vi que los ojos bajaba,  
y sonriendo me escuchaba  
encendida de rubor.

Alzando entonces mi embozo,  
dejé mi amor desbordar,  
y en mi idílico alborozo,  
las barbas de su rebozo  
me puse á desenredar.

Con voz dulce y cariñosa,  
de pronto me dijo Rosa:  
—Saber quisiera.....

—Di, pues.....

—Su nombre.

—Julio Espinosa,  
quien besa humilde tus pies.—

—¿Y es de aquí?—

—No: soy peruano;  
y he venido á San José  
á hacer negocios de guano,  
que es el mejor y más sano  
abono para el café.—

Así charlando, charlando  
uno y otro sin cesar,  
las horas iban pasando;  
y no sé cómo ni cuando  
fuíme con ella á cenar.

Bendiciendo mi destino,  
el brazo entonces ceñí  
á su talle peregrino;  
y... le compré de camino  
un diez de cacao mani.

Por fin, en una hostería  
nos sentamos á cenar;  
aunque la cena era fría,  
mi corazón se encendía  
estando de ella á la par.

Y al ver tan cerca sus ojos,  
fué tal mi fascinación,  
que reprimir mis antojos  
no pude, y sus labios rojos  
besé loco de pasión.

No concibo igual ventura  
ni la volveré á tener,  
á pesar que en mi ternura,  
al estrechar su cintura  
¡ay!... me clavé un alfiler.

Lanzando una carcajada,  
la picaruela exclamó:  
¡Si eso no es nada, no es nada!,  
mas luego de mi apiadada,  
la punzada me curó.

Para pagar su terneza,  
en mi pecho su cabeza  
apasionado oprimí;  
y más cognac y cerveza  
á la sirviente pedí.

En ese instante bendito,  
las doce se oyeron dar;  
lancé de júbilo un grito,  
y la dije:—Necesito  
por el nuevo año brindar.

¡Salud al noventa y nueve,  
que en coloquio embriagador  
así nos sorprende!... ¡Bebe,  
que es la dicha un sueño breve,  
y una locura el amor!—

Después que alegres cenamos,  
y como era tarde ya,  
la fonda, por fin, dejamos;  
pero al salir nos hallamos  
¡Virgen santa!... á su mamá.

Por Dios que estaba furiosa;  
mas Rosa, apenas la vió,  
desprendióse presurosa  
de mi brazo, y cariñosa  
á su cuello se colgó.

—Mamá, mamá, la decía:  
por qué enfadarse, por qué:  
tanta gente iba y venía,  
que me perdí, y ya no había  
manera de hallarla á usted.—

A la amorosa caricia  
de su hija del corazón,  
la madre cedió propicia,  
y la besó con delicia  
y hasta le dió la razón.

Al fin, por mi mala estrella,  
en un coche de alquiler,  
que por poco me atropella,  
las dos se fueron; y á ella  
nunca más la volví á ver.

\* \* \*

Entre tanto reposaba  
la capital: el rumor  
del carruaje se apagaba;  
y al aire leve, ondulaba  
la bandera tricolor.

JULIO ESPINOSA

*El copista,*

EMILIO PACHECO.

San José de C. R., 5 de Enero de 1899.

## Un poeta menos



Así se titula un artículo necrológico que publica *El Tiempo* de Caracas, (Venezuela), en su número correspondiente al 5 de Noviembre del año próximo pasado, en el cual artículo se lamenta la muerte de nuestro querido poeta Máximo Soto Hall.

De lamentarse sería, en verdad, si la noticia fuera cierta, pero, á Dios gracias, el poeta goza de buena salud y no piensa morirse todavía.

El artículo está escrito con verdadero sentimiento; se ve que el nombre de Soto Hall es tan querido en aquellas tierras como lo es entre nosotros. Y no podía ser de otro modo. Cuando murieron los laureados poetas Julián del Casal y Gutiérrez Nájera, la prensa toda americana vertió copiosas lágrimas para ellos, así como las tendría para Soto Hall, si desgraciadamente *El Tiempo* estuviera en lo cierto.

A nosotros nos toca desmentir esa noticia, y lo hacemos con gusto, con todo y que el artículo no dejó de causarnos una terrible impresión y esto que lo leímos y lo comentamos con el mismo poeta.

Soto Hall está en la plena primavera de la vida y sus energías de artistas, en vez de agostarse, entre más trabaja, se fortalecen mucho más. Está para publicar ahora dos novelas, intitulada una *De las coquetas*, la cual llevará prólogo de Alberto Masferrer, ya terminado, y la otra *El Problema*, que también está por entregar á la imprenta.

No hay pues, un poeta menos.

## Luz y sombra

Inúmeras estrellas resplandecen  
Al mismo tiempo que el brillante Sol,  
Que no permite á nuestros ojos verlas;  
Así también mi espíritu ilumina  
Sin que te vea yo.

Vendrá la noche y fúlgidas estrellas  
En los espacios ornarán su sien,  
Como inmensa corona de diamantes.  
Astro que irradias en el alma mía  
Yo nunca te veré.

Hay veces que las nubes nos ocultan  
El Sol inmenso y el espacio azul,  
Mas siempre el astro Rey su luz derrama;  
En medio de las nieblas de mi vida  
Estás brillando tú.

Las tormentosas nubes cenicientas  
El viento al agitarse arrastrará,  
Dejando azul y limpio el firmamento;  
Las fatídicas sombras que me cercan  
¡Ay! nunca pasarán.

RAFAEL MACHADO.

## Poetas Americanos

JUSTO A. FACIO.

De la Revista de la Unión Ibero-Americana de Madrid



DE Costa-Rica, no conozco más que á un señor muy simpático, muy ilustrado y fino, que se llama D. Manuel María de Peralta, y que, según creo, ha escrito un libro acerca de aquella República, de la que es representante en Europa. No he leído el libro del señor Peralta, cuya lectura me haría muy al caso en la ocasión presente; ni aun me atrevería á señalar en el mapa, sin titubeos y vacilaciones, en qué parte de América Central está situada Costa Rica, porque aun no tengo seguridad de que mi profesor de Geografía lo supiese, ni de que en los mapas que manejábamos en el colegio estuviera señalada con toda claridad aquella nación.

Y no crean ustedes que digo todo esto por hacer falsos alardes de franqueza, ni por presumir de agno-

ticismo: al contrario, lo digo porque el hecho me parece harto lamentable y aun harto perjudicial para nuestra patria, á la cual llama *la madre patria* el Gobierno de Costa Rica, en una admirable comunicaci3n oficial, 3ltimamente dirigida al nuestro, y que han publicado todos los peri3dicos.

Sí, es una cosa lamentabilísima esto de que haya en España no pocos *hombres de carrera*, como lo es un servidor de ustedes, y muchos *hombres políticos* (hay que distinguir: los *hombres de carrera* la tenemos, y los políticos *la hacen*), á quienes sorprenda encontrarse en cualquier documento oficial con que existe un pueblo, como este de Costa-Rica, ignorado casi de nosotros, donde no obstante se mantiene vivo el amor y el respeto á la madre España, manifestándolo en documentos oficiales, y expresándolo por boca de los poetas, en quienes se advierte especialísimo cuidado de conservar y, en lo posible, de enriquecer el tesoro del idioma, que es el lazo más fuerte de todos para avenir á los discordes y para aproximar á los alejados.

Verdadera sorpresa me produjo hace algunos meses tropezar con un libro elegantemente impreso en San José de Costa Rica, en 1894, con el título de *Mis Versos*, y la firma de don Justo A. Facio, y, una vez hojeado el libro, hacerme cargo de que el autor es un poeta verdadero, de los que no entran muchos en libra, de los que á veces quisiéramos por acá para renovar nuestro parnaso, asaz enpolvado y falto de ventilaci3n, como la guardilla tradicional de los poetas bohemios.

Porque, es la verdad: nuestros dos poetas grandes han callado, y entre ellos y *los otros*, queda un grandísimo hueco, eso que llaman *un vacío que urge colmar*. Yo no he encontrado entre los poetas americanos modernos que he leído ninguno que pueda ponerse al igual de Núñez de Arce, cuanto y más de Campoamor, que es *único* en España y en este siglo; pero sé de no pocos vates suramericanos que, pues en castellano puro ó no demasiado impuro escriben, por *nuestros* debemos reputarlos, colocándolos inmediatamente después de nuestros dos gloriosos ancianos, y mezclándolos con la turba de *poetas menores* que tenemos en casa.

Mas, para esto, hacía falta conocerlos, y por de contado, hacer una escrupulosísima selecci3n, y arrojar del parnaso hispanoamericano, á todo poeta (aun cuando lo fuese más que Homero), en cuyos versos se descubriese la más pequeña partícula de veneno antiespañol, de esa corrupci3n sutilísima, que en algunos *intelectuales* de América se ha deslizado, lo mismo que entre el populacho grosero, y que tantos daños nos causa.

En esto no caben disculpas ni ambigüedad. Es sencillamente deshonesto y repugnantes que algunos malvados, echándola de críticos, y poniendo la literatura por cima de la patria, anden andulando y halagando, probablemente con miras de lucro, á los enemigos de España. Eso, dígame claro y alto, no es más que comerciar villanamente con lo más sagrado, y ya lo saben aquellos á quienes me refiero, y no serán hombres para desmentírmelo.



El señor don Justo A. Facio, por ventura, además de ser buen poeta, no revela en sus versos la menor animosidad contra España; antes bien, si del cuidado en estudiar nuestros clásicos y del celo en conservar nuestra lengua puede inferirse amor, es indudable que el señor Facio lo siente por nuestro país.

No diré yo que el señor Facio sea un poeta castizo y puro como los clásicos; pero tampoco puedo hacer semejante afirmación respecto de los poetas que gastamos por aquí, á los cuales no dejan de escapárseles gazapos de consideración, que ya tiene buen cuidado de apuntar, derribar y apiolar el señor don Antonio de Valbuena, escritor sazonado y *gazapista* mayor de España y de sus Indias.

Los gazapos que yo he advertido en el señor Facio, por dicha suya son más bien analógicos que sintáxicos ó *sintácticos*, como dicen ahora los filólogos de tanda. Algún galicismo y algún italianismo se advierte muy de tarde en tarde, pero son vocablos aislados y rara vez construcciones ó regímenes viciosos.

Por su educación, los más de los poetas americanos conocen mejor la poesía francesa que la española, y el señor Facio, en general, obedece á esta ley; pero observo en él con verdadera satisfacción que debe de haber leído con asiduidad á muchos poetas españoles de las rancias soleras cordobesas y sevillanas, y á tanto llega esto que el señor Facio, en ocasiones, parece un conceptista, y en otras un culterano, pero siempre con carácter español.

Así, por ejemplo, dice en el soneto á *César*:

. . . . . su cabeza,  
cual su nidada el águila en la cima,  
para vuelos intrépidos sublima  
osados pensamientos de grandeza.

Lo cual está bien dicho, pero es *conceptuoso* y *retorcido* hasta más no poder. Esto de *sublimar osados pensamientos de grandeza para vuelos intrépidos*, parece una de tantas *fanfarronadas poéticas* como vinieron de Andalucía en el siglo XVII.

En otro soneto á *San Juan*, dice el señor Facio:

Asienta sobre vórtices la planta  
. . . . .  
el acento de fuego de su boca,  
torbellino de arcángeles levanta  
. . . . .  
todo en profundo y colosal abismo  
por inmensa vorágines perece . . .  
. . . . .  
Cuanto Natura crea  
nuestro mirar abarca:  
en su perpetuo viaje,  
el sol es un monarca,  
que, al fin, como de Oriente,  
usa púrpura y oro en el ropaje:  
mira cómo allá lejos se desliza  
soberbio, lentamente,  
en el plaustro encendido que llamea;  
las filigranas blondas  
de sus ricos destellos  
el viento suave de la tarde riza,  
como crespas madejas de cabellos,  
sobre el azul inquieto de las ondas;



allá bosques de olivos encantados,  
 dispuestos en hileras  
 semejantes á franjas,  
 para refugio de algún dios plantados,  
 de sus verduras el encaje extienden  
 por el suave talud de las laderas;  
 acá rubias naranjas  
 como doradas pomas,  
 en racimos espesos,  
 de mil airosos arbolillos penden,  
 en tanto que se inclina  
 la carga rubicunda,  
 el ramaje doblando con sus pesos;  
 la atmósfera de gasa cristalina  
 que nos vela y circunuda,  
 juntamente con hálito de aromas  
 tiene tibieza y suavidad de besos;  
 ¿sabes qué son las candidas viajeras  
 que de allá vienen, del vergel sagrado?  
 pues bien, esas palomas  
 son raudas mensajeras  
 de algún hermoso dios enamorado!

Quien conozca muchos poetas capaces de tener una tan potente y espléndida visión de la realidad y de reproducirla con tan hermosos é intensos colores, y mejor que colores, rasgos de dibujo, líneas y contornos, que diga quiénes son esos poetas. Nadie diría que esos versos habían sido concebidos y cantados por un poeta nacido en los trópicos. Al contrario, lo que en la composición se advierte, es una serenidad de espíritu y una calma en el concebir, de las que no hay señales en nuestros poetas modernos. Ya no se trata aquí de trovas amorosas solamente, sino del amor *grande* á la Naturaleza perenne y triunfadora.

Otra nota muy simpática del señor Facio es su adoración por el arte griego, la cual traduce en todas sus obras, y muy acertadamente en la que íbamos copiando:

Mira el bullir del ágora: suspenso  
 permanece un instante,  
 interrumpiendo el público entusiasmo,  
 el pueblo que en tumulto se agitaba:  
 es que cruza Frinea,  
 entre amadores fieles,  
 hermosa y arrogante,  
 en las miradas produciendo pasmo:  
 síguela Praxiteles,  
 que, con afán intenso,  
 como animado por sublime idea,  
 absorbo en ella las pupilas clava;  
 observa, mira... y en sus formas puras,  
 que el peplo desceñido,  
 cuando libre descende,  
 ver en divina desnudez permite,  
 con emoción dulcísima sorprende  
 la línea de apretadas curvaturas,  
 que al tiempo no venido  
 en el bloque pentélico trasmite...

Solo me disgusta, por lo mucho que se ha abusado de ella, la palabra escogida para título de estas poesías clásicas: *Torsos*. En general, no ha aceptado el señor Facio en esto de los títulos: *Grespones*.—*Bronces*.—*Adélfas*.—*Medallones*.—*Tupices*.—*Sonetos griegos*.—*Flores de llanto*. Todos estos títulos, como el de *Torsos*, suenan algo á *cursis*, y es una lástima, porque bajo ellos hay poesías muy hermosas.

Muestra en ellas el señor Facio una delicadeza y ternura de sentimientos, no muy frecuentes en los poetas de hoy día. De esto se ve en la *Elegía á la memoria de su padre*, en que el poeta ha puesto lo mejor de su alma, así como en la composición titulada *Ella*, escrita en metro dodecasílabo, como el que usa preferentemente don Federico Balart, pero con la ventaja de que el señor Facio, que debe de tener un oído muy exquisito, aleja unos consonantes de otros, como ya se ha visto en las composiciones citadas, lo cual produce agradable efecto como de instrumentación wagneriana, dando un desenvolvimiento amplio y magnífico á la melodía.

Donde se juntan al conceptismo la dicción cultorana, pero sin salirse de los términos de la discreción, ni echar mano de palabras que no se hallen en el Diccionario, aunque no en el uso.

Pocas veces recurre el señor Facio al ripio, ni aun al consonante vulgar, y cuando lo hace, ya se ve que es por dejar al verso sus primitivos brotes, por no alisarlo ni pulirlo demasiado, ó tal vez porque entiende que un poeta de verdad no debe reparar en estas nonadas, en que no repararon los mayores genios de nuestra poesía.

*Le salen* á nuestro poeta los versos con admirable soltura, así como correr de fuente, sobre todo cuando combina endecasílabos y heptasílabos, y más de estos que de aquellos, lo cual da á la estrofa gallardía y ligereza incomparables, y hace que en ella se perciba el movimiento y se trasluzca la vitalidad de lo representado.

Los versos más felices del señor Facio, los que le colocan sin duda en primera línea, son los de este género, y en ellos hay un sabor de clacisismo que encanta.

Para que descansen ustedes de mi prosa menguada, y para que se convenzan de que no exagero, copiaré algunas estrofas del canto que se titula *En Grecia*:

¡Oh, singular ventura  
de no soñada gloria!  
A la par que me rindes tu hermosura  
celebras y sublimas mi victoria.  
Oh bienandanza cierta  
sin dejos ni resabios:  
aun del sino funesto de mi vida  
me redime y liberta  
el acento de ardiente bienvenida  
que viene como un himno de tus labios.  
Aquí, mi bien, tu acento  
de halagos y delirios,  
en nuestra mutua historia,  
es de ventura celestial emblema:  
mientras él diviniza nuestros lazos,  
yo, como rey, ostento  
en señal de victoria,  
la bizarra diadema  
de voluptuosos y carnales lirios  
que ciñes á mis sienes con tus brazos.

Los *Bronces* son muy elegantes sonetos, dedicados á los grandes hombres.

En las *Adelfas*, poesías *amargas*, como su nombre indica, hay estrofas tan buenas como estas:

En la lucha perenne de la vida  
por una vaga sombra de quimera,  
con rabia usé para vendar mi herida  
el último jirón de mi bandera.

Ya la voz de mi espíritu cansado  
á gloriosos combates no me llama:  
soy un obscuro paladín cruzado,  
sin Dios, sin ilusiones y sin dama.

Pero no hay que creer que no tiene dama: la tiene, y hermosamente la describe en ocho sonetos, titulados *Medallones*. Como *guapa*, debe de ser *guapa*. Y si no, véanlo ustedes:

Tus labios incitantes, si sonríes  
son á la mente que el placer invoca,  
manojos de encendidos alelies  
y por eso, al matiz que los provoca,  
acuden, como ansiosos colibríes,  
en bandadas los besos á tu boca.

Y si quieren más *datos*, ahí van:

El obscuro capuz de tu melena,  
como las alas de ébano de un ave,  
el fuego entolda de tu faz morena;  
bajo la luz que tu mirada brota,  
cual velo de oro, tu pupila suave  
en la penumbra de tus ojos fiota.

A pesar de lo cual el señor Facio nos muestra en los *Sonetos grises* un corazón lacerado, y en sus *Flores de llanto* los melancólicos ensueños de su mente.

Superiores á estas composiciones, en las que hay, no obstante, mucho bueno, son los dos romances titulados *La aurora y la mañana* y *La tarde y la noche*.

En los dos hay felicísimos recuerdos de los mejores romances descriptivos de Góngora, y en el de la *Tardé*, sobre todo, una armonía admirable, que hace pensar en aquella estupenda obra que el maestro cordobés tituló *Angélica y Medoro*...

Es, pues, el señor Facio un buen poeta español nacido en Costa Rica. Felicitémosle y contémosle entre los de casa.

F. NAVARRO Y LEDESMA.



SILUETOS LITERARIOS.—Santiago Argüello conoce á Francia y á los franceses. Ha recorrido la literatura de la herida en la guerra y triunfadora en las letras de nuestros tiempos modernos, y con talento, con arte ha trazados bocetos *á pluma* de los principales escritores galos de la última mitad del siglo. Su obra es viril, entusiasta, joven, sus apreciaciones, más ó menos apasionadas son sinceras. Lo cierto es que su libro es bello. ¿Puede pedirse más?